

Phillipp R. Schofield

Peasants and Historians: Debating the Medieval English Peasantry
Manchester, Manchester University Press, 2016, 288 páginas

En esta obra Phillip Schofield emprende un balance crítico de la historiografía sobre el campesinado inglés medieval, lo que resulta, a la luz de sus trabajos previos, una preocupación duradera por reconocer los aportes de las investigaciones de mediados del siglo XX, valorar las contribuciones y las carencias de los trabajos de las últimas décadas y señalar los nuevos campos de estudio (Dyer, Schofield, 2003; Schofield, 2015). Schofield (1997, 2008, 2009) se encuentra entre los historiadores que, desde los años ochenta, han estudiado la economía campesina medieval a través de la influencia del mercado y el crédito. Por eso, este trabajo puede considerarse en relación con cierta incomodidad sobre estos temas –atribuida por el autor a los efectos de la crisis de 2008–, que ensombreció las esperanzas sobre la expansión económica y condujo a un ajuste de las miradas sobre la economía medieval.

Como el autor propone, esta obra puede ser leída de dos formas complementarias. En primer lugar, para aquellos interesados en el campesinado inglés medieval, supone un análisis riguroso y exhaustivo de los principales autores que han abordado sus características aunque, en muchos casos, de manera subsidiaria dentro de trabajos dedicados a otros temas. En segundo lugar, se trata de un recorrido sobre los historiadores y las corrientes historiográficas en el que la historia rural funciona como una suerte de «caso de estudio» a través del cual observar las tendencias de la disciplina histórica desde las últimas décadas del siglo XIX hasta nuestros días.

El título del volumen, que recuerda el artículo de Peter Gatrell (1982) dedicado a la influencia de los investigadores rusos sobre los estudios del campesinado inglés medieval, es en sí mismo significativo. Supone, por una parte, el rechazo a la crítica

de Alan MacFarlane (1978) sobre la imposibilidad de utilizar la categoría de *campesinado* para caracterizar a los habitantes del campo inglés durante la Edad Media dado su carácter individualista. Una impugnación que obedece no solamente a la operatividad que conserva la categoría, sino a que, si bien la historiografía de las últimas décadas permite vislumbrar un campesino capaz de operar en múltiples esferas, no implica que se tratase de individuos operando por fuera de sus familias o comunidades. Por otra parte, asume el papel de los campesinos como sujetos históricos y, en este sentido, Schofield se sitúa más allá de las interpretaciones predominantes durante el siglo XX, en las que el campesinado quedaba constreñido por estructuras sociales, económicas y demográficas más allá de su comprensión o actuación.

El libro está dividido en dos partes: temas y debates, antecedidas de un primer capítulo dedicado a las *contribuciones tempranas* en la materia, que abarca aquellas presentadas entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX. El recorte realizado es de acuerdo a las perspectivas metodológicas y temáticas de los trabajos antes que estrictamente temporal. Así, se consideran como contribuciones tempranas aquellos trabajos que analizan el campesinado medieval *en formas que generalmente parecen conformar las expectativas de la tradición historiográfica moderna*, esto es, de acuerdo a la orientación profesional de la disciplina y, en sintonía con la tendencia dominante, orientadas fundamentalmente hacia el análisis de las instituciones. El quiebre entre las *contribuciones*

tempranas y los trabajos que son objeto de los siguientes capítulos proviene de la adopción de las técnicas, las interpretaciones y los temas de las ciencias sociales por los historiadores, que dio lugar en las décadas centrales del siglo XX a la llamada New Social History. No obstante, y éste es uno de los aspectos más destacados del libro, Schofield pone en duda el carácter de tal ruptura para mostrar, en cambio, cómo los problemas planteados tempranamente, tales como el régimen de tenencia de la tierra, el tipo y el peso de las rentas señoriales, la servidumbre o la libertad campesina vuelven a aparecer, con otros tintes y con otros énfasis, en los trabajos de las generaciones siguientes hasta volverse recurrentes, más allá de la diversidad de enfoques con que fueron analizados.

La primera parte del libro («Temas») abarca tres capítulos dedicados a los grandes temas dentro los que pueden ubicarse los estudios sobre el campesinado medieval desde la segunda mitad del siglo XX: la correlación entre población y los recursos, la relación entre los campesinos y los señores y la influencia de los mercados, cada una de los cuales se asocia a una de las fuerzas motoras que explican el cambio económico. Dada la influencia sobre la historiografía posterior, se considera en primer lugar la temática de la población, revisando la tesis de Michael Postan sobre la relación entre una disponibilidad tendencialmente decreciente de los recursos y el movimiento poblacional, así como los trabajos que han continuado, matizado o discutido esta tesis. Se revisan los trabajos que han valorado el impacto de la peste negra sobre la pobla-

ción, la dependencia del campesinado respecto de los recursos agrarios, la supuesta falta de innovación o de capacidad para incrementar el producto agrario, y la relación entre el mercado y la población. En segundo lugar, se consideran aquellos trabajos que, desde el marxismo, definieron al campesinado inglés en términos de clase y, por lo tanto, en la relación señorial. Estudios como los de Evgueni Kominski, Robert Brenner y Rodney Hilton abordaron cuestiones vinculadas a la transformación económica y la transición del feudalismo al capitalismo a través de la noción de lucha de clases, un enfoque que ha sido posteriormente discutido, tanto por quienes señalan la relativa serenidad de la relación señorial como por quienes han diluido la conciencia de clase en un ideario político más amplio. En tercer lugar, se examina el tema que predominó en los estudios de las últimas décadas del siglo XX, la participación de los campesinos en el mercado, en la que reconoce la influencia precursora de los investigadores de la Escuela de Toronto pero también de historiadores provenientes de otras tradiciones, como Christopher Dyer. En las tesis de la *comercialización* se ha hecho hincapié en la importancia de los mercados para los campesinos en tanto que productores y como consumidores, la participación en el mercado de tierras, el papel del crédito y el endeudamiento en la economía campesina.

La segunda parte de la obra («Debates») consta de cuatro capítulos en los que se examinan debates particulares suscitados dentro de los temas abordados en la primera parte. En relación con el problema de

la población y a partir de la introducción de los enfoques provenientes de las ciencias sociales, se revisan, por una parte, los trabajos que han discutido los aspectos demográficos del campesinado inglés medieval, tanto las estimaciones sobre la población total como las tasas de natalidad, mortalidad o de reemplazo generacional. Por otra parte, se consideran los debates sobre la estructura familiar campesina en relación con la formación de la unidad doméstica, su estructura y tamaño, y, en relación con la familia, el papel de las mujeres y el surgimiento de los estudios de género. En tercer lugar, examina la discusión sobre las comunidades campesinas entre los enfoques institucionalista, estructuralista, marxista e individualista. Finalmente, en relación con la discusión sobre la agencia campesina tanto en términos políticos como económicos, analiza los estudios dedicados a la cultura campesina, en los que se abordaron cuestiones tales como los patrones de consumo, el recurso a ciertos conocimientos jurídicos, la cultura y la actuación política, y la religiosidad popular, entre otros.

A través de los ocho capítulos que constituyen esta obra, Schofield realiza un trabajo minucioso de investigación que ofrece no solamente una visión de conjunto, sino una sistematización y evaluación de los estudios sobre el campesinado inglés medieval que será de utilidad para estudiantes e investigadores que se acerquen a la materia. Es de sumo interés la presentación de la investigación que rompe con el recorrido cronológico por autores y corrientes. En efecto, Schofield disecciona los trabajos y

los argumentos de los historiadores para luego volver a reunirlos en una exposición en torno a los temas y los debates específicos. Esto permite que los distintos autores revisados aparezcan una y otra vez a lo largo del libro interviniendo en distintos aspectos de la discusión y restituye así, al menos parcialmente, la complejidad de las tesis revisadas y las relaciones tejidas al interior de cada enfoque. En este sentido, si el libro puede ser leído como estudio de caso sobre el desarrollo historiográfico, esta exposición tiene la indudable ventaja de romper con cierta noción de desarrollo lineal de la disciplina para mostrar en cambio la construcción del conocimiento histórico a través de la discusión y la confrontación, resaltando la recuperación de ideas y argumentos previos, las continuidades y las rupturas en el discurso histórico sobre los campesinos medievales.

En las conclusiones Schofield señala las principales limitaciones de esta tradición historiográfica. Se trata –como se percibe a lo largo de los capítulos precedentes– de un campo de estudio considerablemente cerrado sobre ciertos temas y fuentes, y con escasa o nula aproximación a las interpretaciones y los recursos de la arqueología o las fuentes literarias. ¿Cuáles son las opciones de un campo de estudio cuyo aislamiento amenaza con la extinción o la marginación? Ésa es la preocupación que desde la introducción plantea el autor y es paralela al reconocimiento de que el enfoque de la comercialización, en muchos casos, se ha limitado al análisis del mercado en sus propios términos sin comprometerse en explicaciones de largo plazo sobre el cambio

económico. En tal sentido, no es sorprendente que el capítulo que cierra la obra esté destinado a la cultura campesina, un campo de estudio abierto a partir del reconocimiento de la capacidad de agencia del campesinado y, por lo tanto, de la crítica parcial o total de los enfoques que subsuminan a los campesinos a los movimientos de población o a la relación señorial. Se trata, como Schofield mismo señala, de una tradición con más puntos de partida que de llegada y quizás por eso resulte este campo destinado a ofrecer mayores perspectivas de desarrollo en un futuro cercano, a la vez que sortear el aislamiento de la historiografía sobre el campesinado medieval al ponerlo en relación con otras subdisciplinas.

En suma, *Peasants and Historians* constituye un significativo aporte para todos aquellos estudiantes e investigadores del campo inglés medieval, en particular, y de la economía medieval, en general, al delinear y discutir los principales temas de lo que resulta una rica tradición de estudios históricos, a la que vez que señalar sus principales carencias y proponer algunas soluciones. Constituye, además, una interesante aproximación a las formas en la que se construye el conocimiento histórico en los debates y las controversias, influido por las tendencias disciplinares e ideológicas, signado por las tradiciones institucionales y nacionales, y comprometido con los eventos políticos y sociales de su tiempo.

Analía Godoy

orcid.org/0000-0002-9040-1654

Instituto de Historia Antigua y Medieval

«Prof. José Luis Romero», Universidad de Buenos Aires-CONICET

Century Village Community. *The Agricultural History Review*, 45 (1), 1-17.

SCHOFIELD, P. R. (2008). The Social Economy of the Medieval Village in the Early Fourteenth Century. *Economic History Review*, 61 (1), 38-63.

SCHOFIELD, P. R. (2009). Peasants and Contract in the Thirteenth Century: Villages Elites and the Land Market in Eastern England. En T. LAMBRECHT, P. R. SCHOFIELD (Eds.), *Credit and the Rural Economy in North-Western, c. 1200-c. 1850* (pp. 129-152). Turnhout: Brepols.

SCHOFIELD, P. R. (2015). M. M. Postan and the Peasant Economy. En J. DRENDEL (Ed.), *Crisis in the Later Middle Ages: Beyond the Postan-Duby Paradigm* (pp. 73-93). Turnhout: Brepols.

REFERENCIAS

- DYER, C., SCHOFIELD, P. R. (2003). Estudios recientes sobre la historia agraria y rural medieval británica. *Historia Agraria*, (31), 13-33.
- GATRELL, P. (1982). Historians and Peasants: Studies of Medieval English Society in a Russian Context. *Past and Present*, 96 (1), 22-50.
- MACFARLANE, A. (1978). The Origins of English Individualism: Some Surprises. *Theory and Society*, 6 (2), 255-277.
- SCHOFIELD, P. R. (1997). Dearth, Debt and the Local Land Market in a Late Thirteenth

Nadine Vivier (Ed.)

The Golden Age of State Enquiries: Rural Enquiries in the Nineteenth Century: From Fact Gathering to Political Instrument
Turnhout, Brepols, 2014, 291 páginas

During the 19th century a lot of governments and parliaments organised numerous enquiries concerning the demography and the wealth of the State. They evidently wanted to have more data to better inform their decisions and increase the power of the State and the quality of life of their citizens. Even if, in particular in the second half of the 19th century, the process of industrialisation assumed a relevant role in the most important European countries and in the USA, the life and production in the countryside continued to be crucial for governments and parliaments. It was important to know if peasants produced foodstuffs for all in-

habitants of the country and, moreover, if it was possible to increase the harvest by the improvement of the production and productivity. International trade and the exploitation of the colonies could temporarily fill the production gap, but it was important to have a better understanding of both the foodstuffs that the countryside could produce and the perspectives about the production which were linked to the technological innovations and their adoption in the primary sector.

This explains why the perfect knowledge of the qualitative and quantitative data concerning the countryside was so important and why the rural enquiries were so

relevant and governments dedicated a lot of time and financial resources to carry out them. This also explains why the statistical methods to collect these data became so relevant. They were firstly discussed in international congresses and then used in the different countries.

The considerations indicated above clarify why some scholars decided to develop an international research project focusing on this particular topic in rural history and to produce such an interesting book. Edited by Nadine Vivier, this volume includes the analyses of rural enquiries and related discussions in several European countries (Belgium, Denmark, France, Germany, Hungary, Ireland, Italy, Spain, The Netherlands and United Kingdom), the Ottoman Empire (the Balkan provinces and Anatolian ones), Mexico, and the Canadian province of Ontario (which belonged to English Empire during the analysed period). This obviously allows some very interesting comparisons and it makes possible to note both the relevance of cultural transfers during the 19th century and the preference concerning the French and British statistical methods, which were considered the two best models to help the construction and development of a modern, civilized and powerful State.

The book does not focus on the content of the rural enquiries, but it examines their origins and functioning, as well as the statistical methods that were used to answer the needs of the governments and parliaments in order to evaluate the ongoing transformations in the rural world. Furthermore, it presents the main reasons

pushing governments and parliaments to organise the enquiries and the methods which were followed to make the agricultural surveys. The volume thus illustrates “why” and “what for”, in the *Age of the monumental investigations* (as Nadine Vivier defines the 19th century), the governments and parliaments wanted to have a better knowledge of the social and economic conditions existing in the countryside. It also stresses the political and economic decisions related to the final results of the enquiries. As any State intervention in modern societies requires an important degree of knowledge, these State-sponsored enquiries gave to the public authorities the information they needed and, at least in theory, they allowed to decide the better policy to improve the quality of peasants’ life and work.

In this regard, the volume indicates for each State the type of enquiry: how the data were collected, the choice between the qualitative aspects and the quantitative ones, and the related discussions; and the different types of committee which were charged to prepare the questions for the enquiry, to collect the answers, to elaborate them and finally to publish the results (the latter were influenced by the members of committees and the people who answered the questions, as well as by the system and the care they respectively used to create and to fill the questionnaires). Only for Belgium and the German Empire there is not a real analysis because they are partially seen in the second chapter (written by Ute Schneider), which is dedicated to the discussions about the choice between qualita-

tive and quantitative enquiries and about the best survey procedures.

Three chapters study rural enquiries in the United Kingdom, concerning the Irish case (examined by Peter Gray), the English agricultural labourers (written by Nicola Verdon) and the conditions of the English agriculture during and immediately after the great agrarian crisis of the 1870s (by Robert M. Schwartz). All these analyses stress the progressive improvement of the information offered by the enquiries, illustrating the effects of the Irish famine on peasants' families in the 1840s, and of the negative economic trend of the primary sector during the last quarter of the 19th century.

Two chapters (by Nadine Vivier and Jonathan J. Liebowitz) show the French enquiries and their economic and political aims. They highlight the transfers of information and methods which influenced the European surveys. Even if it is not clearly addressed in this volume, there existed a European agrarian network which allowed to disseminate a European knowledge in agronomics and to ask for a common and efficient method to measure and evaluate the social and economic conditions of the countryside (Locatelli & Tedeschi, 2015).

For the other European countries, the analysis concerns only one rural enquiry even if authors indicate the previous surveys. Three chapters clearly show that enquiries aimed at finding a solution for the agrarian crisis. This is in particular evident in the Spanish case (explained by Juan Carmona and James Simpson) in which even the name of the enquiry pointed at the *cri-*

sis of agriculture and livestock, and in the Dutch cased (described by Anton Schuurman) in which the public authorities reaffirmed their main role in the rural policy. In the Hungarian case (presented by András Vári) it is also possible to note some particular targets depending on the participants' attitudes and on their ability to underline their needs (*e.g.* those concerning the space reserved for the cattle-breeding, the level of railways tariffs for foodstuffs, the perspectives for winegrowers).

It was different the case of the *Inchiesta Jacini* in Italy (described in Giuliana Biagioli's chapter): this enquiry was carried out before the great agrarian crisis and so the collected data did not have the intended utility for the government because when the final results were published the economic conditions of the countryside had changed strongly. In the Danish case (described by Ingrid Henriksen), the enquiry's aim was to prepare a revision of the legislation in favour of landless workers, and it was followed by new laws based on its results.

The analyses of some non-European areas show the will of the State to affirm its presence in the international context, in particular in the cases of Mexico and Ontario (written by Alejandro Tortolero and Daniel Samson, respectively), or its attempt to start its modernisation, as we see in the case of the economic and administrative reforms of the Ottoman Empire (examined by Alp Yücel Kaya).

All the cases examined make clear that the results of the questionnaires strongly depended on how people responded to questions. These had to be clear and not

too numerous. Furthermore, they had to be addressed to the correct people. Finally, it was important to read and elaborate all answers. This obviously increased the cost of the survey but it also avoided to have a biased image of the countryside and, moreover, to avoid inappropriate interventions by public authorities based on wrong evaluations. A major problem was the underestimation of the real production of the countryside, because landowners feared an increase of taxes on their properties. At the same time, the questions and answers concerning the peasants' protests did not highlight that the latter were essentially related to the uneven distribution of incomes, which, during the agrarian crisis, were especially low.

It is also important to note that, for a good understanding of the book, some knowledge is needed about the complex agrarian historical conditions existing in the different countries, in particular during the second half of the 19th century, and the aims and attitudes of landowners, tenants and peasants in front of the agrarian crisis of the 1870s and 1880s.

The book presents some inevitable limits. The first one is strictly related to the editorial choice to show many different cases in very few pages, which makes not possible to examine each country in detail as we can see, for example, in Patriarca (1996).

A second limit, probably related to the same reasons, is the absence of information about rural enquiries concerning a single region. These enquiries were diffused in Europe during the 19th century and they had the same target of the national surveys.

Moreover, some of them were carried out before, so they could have been taken into account by the public authorities to organise the national enquiries, as some research projects have indicated (Marache & Vivier, 2013).

Considering that the volume was financed by EU funds (Cost, programme Progressore), a further limit is related to the lack of studies about central Europe (the German area and the Austrian part of the Habsburg Empire), and the Western part of the Russian Empire; but obviously it is not easy to find scholars for all the European countryside.

Even if a fussy reviewer can note some limits, *The Golden Age of State Enquiries* is a very good book and, especially for a scholar studying rural history, it is a great pleasure to read it.

Paolo Tedeschi

orcid.org/0000-0001-8007-8438

Dipartimento di Economia, Metodi Quantitativi e Strategie di Impresa (DEMS),
Università degli Studi di Milano-Bicocca

REFERENCES

- LOCATELLI, A. M. & TEDESCHI, P. (2015). A New Common Knowledge in Agronomics: The Network of the Agrarian Reviews and Congresses in Europe during the First Half of the 19th Century. In S. APRILE *et al.* (Eds.), *Europe de papier: Projets européens au XIX^e siècle* (pp. 187-203). Villeneuve d'Ascq: Presses Universitaires du Septentrion.
- MARACHE, C. & VIVIER, N. (Eds.) (2013). L'État et les sociétés rurales: Enquêtes agricoles, en-

quéteurs et enquêtés en Europe du Sud aux XIX^e et XX^e siècles, *Annales du Midi*, (284).

PATRIARCA, S. (1996). *Numbers and Nationhood: Writing Statistics in Nineteenth-Century Italy*. Cambridge: Cambridge University Press.

Juan Sisinio Pérez Garzón

Contra el poder: Conflictos y movimientos sociales en la historia de España de la prehistoria al tiempo presente

Granada, Comares, 2015, 333 páginas

It's a daring author who would try to cover 10,000 years of social conflict in a mere 333 pages, but since the first 8,000 years or so are surveyed in a brief first chapter, after that things are a little bit less rushed. Inevitably, events narrated will be highly selective both in terms of which are highlighted and what is said of them; and explanations will stress some very broad, recurrent processes and some large categories. Across such a long time span, the actors in social conflicts will vary in many ways: they will vary in which social strata participate, in how they are organized, in what sorts of leaders they have, in what beliefs about present oppression and brighter futures they hold, in how they communicate and what sorts of information they have access to, in who their enemies are, in who their potential allies might be, and in what sorts of resources they possess. Are they united by religion, ethnicity, region, gender, political visions? Are they self-organized or organized by others?

Allies and enemies of popular movements make their appearance in this rich study, including systematizers of religious doctrines, landowners, urban merchant elites, agents of states, party leaders, and,

for the most recent years, democratically elected politicians, but the major protagonists in this work are those who rarely appear with individual names in textbooks (if they appear at all): those earning a living in good times and hungry in bad, and subject to the authority of powerful others –whose names we are more likely to know– who can impose rents, taxation, and conscription. And what Pérez Garzón vividly demonstrates is the extraordinary range and variety of their collective action that impedes, alters, or occasionally overturns the plans of the powerful, despite much effort to convince them that they are supposed to be obedient and the not uncommon deployment of violence against those not convinced.

Their movements vary in the broad ideas they develop, in their long term strategies and short term tactics. Movements of the past also vary enormously in the quantity and quality of the information they have left behind. We are not likely to ever know much about the ideas of those who fought for the first 8,000 of these 10,000 years. About the next 1500 or so we get to know more and more, and then a great deal more for the past half millennium.

Theoretically, this work stresses the creativity of human action, especially when collective action is imbued with ideas that make them struggle for something believed to be better. Environing circumstances, from the quality of harvests to technology-induced alterations in daily rhythms, play a big role, but the movements described by Pérez Garzón are not just automatic responses to those circumstances.

Within this broad framework emphasis shifts with the great changes in the quantity and nature of historical evidence. For the very distant past such understanding as we have rests on plausible surmise from limited evidence. But as more people can read and write, as more organizations, including states, keep records, as preserving those records becomes more important, and as an increasingly varied array of social movements make public statements of their claims, historians have more tools to work with. “Ordinary people” begin to be easier to see clearly when they appear in the records of agencies of repression, police and courts first and foremost, on lists of those owing rents and taxes, giving birth, getting married, and dying. They are even more visible when we have the pamphlets they read, the diaries they wrote, the photos they took, the press conferences their leaders organized, and, most recently of all, their websites and Twitter accounts. Pérez Garzón has tackled all these issues splendidly. He skillfully sketches big changes in social organization and the rich variety of ways movements have responded.

For most of this period, most people in most places, Spain included, were peasants, so most conflicts were about rural people in one way or another, and this book clearly demonstrates that there were many ways. It is a work of “history from below,” not simply in that it is about the experiences of poorer people coping with the consequences of decisions made by the richer and more powerful but with their ways of taking action together and, as we approach more recent history, with their dreams. Not because people didn’t dream earlier but because we don’t know what their dreams were. This book is about not only about what happened to those down below, but about what those down below made happen.

This work of synthesis across a varied Spain (including at points Spanish America), across many centuries, and across many kinds of movements is more than a brilliant depiction of variety. It is also a demonstration of how that variety can be addressed with the basic working tools of the analysis of social movements: material interests, capacities for cooperation, opportunities for action, the availability of allies and the presence of opponents, and the development of collective identities. If settled agriculture facilitated social hierarchy along with coerced payments to landowners and taxes to states, at the edges of power there might be communities of runaways and bandits. If religious orthodoxies over the centuries provided tools to encourage submission to authority, heterodox religious doctrines might provide tools to challenge unjustified power. If writing

made it easier for states to keep track of subject populations, it also made it easier to share dreams of change.

The earlier chapters lay particular emphasis on the development of an agricultural surplus, the formation of hierarchies around the appropriation of that surplus, the subjection of the many for the enhancement of the few, and the development of states, sciences, arts, and religions. For much of this period much of the evidence is archeological, but states produce records, religions produce codified ideas, and we begin to see how power is contested, though often through the eyes of the powerful. In the Middle Ages we see the ways in which varied identities (communities of religious adherents, people from one place rather than another, people connected by language and kinship) both enhance the power of those who claim to rule but also provide tools for elites in conflict and for collective action from below as well. Local elites, whether urban patricians or rural landholders, might enlist rural people in challenging the state's tax collectors, but they might also want the state's assistance in repressing peasant rebellion. State authorities or local landed elites might welcome religious authorities who preached submission but might be challenged by religious authorities who held particular actions, or even hierarchy generally, unjust.

Extensions of power triggered their own challenges. In the sixteenth century, for example, the implantation of Spanish rule and coerced labor in the Americas also generated resistance and rebellion by Indi-

ans and slaves; millenarian resistance movements alongside Catholic efforts to teach obedience; complex conflicts among landowners, merchants, and governors; complex, and challenged, racialized hierarchies; and increasing contention between *criollos* and *peninsulares*. Revolt could be triggered by bad harvests, new exactions, elite dissension, and challenging ideas Revolt was often against powerful people seen as violating the common good, often with elite leadership and often beginning as an attempt to use judicial institutions to attain justice or to press state institutions to act for the common good in hard times.

In the author's analysis the Age of Revolution was multiply transformative, including the hopes and fears inspired by revolutionary France, the French military pressures on Spain, and the loss of mainland Spanish America. He lays particular stress on the diffusion of ideals of both individual and collective emancipation and optimism about the human capacity to deliberately alter institutions to provide for a better future. The industrial revolution figures in this work not only for its development of new sources of wealth and impoverishment but for amplifying belief in deliberately planned social transformation. As in previous centuries, mobilizations could be fueled by hardship and hardship deepened by the exactions of proprietors and state agents as well as harvest failures and business cycles, and opportunities could come in the form of elite struggles, but to these familiar circumstances were added new ideas, especially assertions of citizenship under liberty.

Nineteenth century liberalism appears as a body of revolutionary ideas. Both modernizers and antimodernizers could claim to be patriots and demands for citizenship rights could both support the claims of one or another elite grouping and challenge them and could also be advanced as well by new popular actors making new claims. Debates about better futures were taking place in the newly proliferating newspapers, in the halls of power, in the cafes, and in the meeting halls used by new associations. Republicans began to deploy the language of popular sovereignty and citizen cooperation. Governing elites sought to forge rules for a large, diverse, and changing country, rival elites bid for an increasingly important popular support, particularly as all the new channels of communication increased awareness for large numbers of what those elites were up to. Elite efforts to recruit followers helped forge new possibilities for people to organize themselves, as top-down efforts to direct popular forces into channels desired by rulers met bottom-up efforts to get those rulers to act in the general interest or to remove those rulers. And all of this activity was leaving more records for future historians to sift through in order to discover the broad dreams and the strategic and tactical debates of those hoping to make a better future happen.

The author's nineteenth century story shows the intersections of multiple axes of conflict as Republican organizational networks that included newspapers, schools, and social activities coincided with rural struggles over communal lands, and over

taxes and the hated conscription as well. For the still newer Socialist movements, as well as Republicans, struggles over expanding the meanings of citizenship were local as well as national, and economic justice and political rights were seen as deeply intertwined, suggesting the deep roots of Republican-Socialist partnership so important in 1931 and the equally deep roots of its foes. By the late nineteenth century, the big developments were the increasing transformation of all spheres of life by capitalism, the power of workers' organizations, and the periodic structuring of social conflict by electoral contests, importantly punctuated by efforts to restore submission through state violence, efforts that triumphed in the decades of dictatorship. Pérez Garzón shows how important movements have been in the recent period in opening up new possibilities for social arrangements.

Pérez Garzón's story has no end, it simply stops with the present, with its struggles generated by inequalities within and between countries at a time of new organizational forms enabled by new means of communication. The twenty-first century has seen new claims of rights to counter the precarity embedded in the latest developments of capitalism, including precarious work, precarious claims on education and health care, and precarious identities as vast numbers cross national frontiers fleeing violence and poverty. In the early twenty-first century we see a major emerging divide between those who see their lives as materially and culturally enriched by the deepening web of connection across na-

tional frontiers and others who see themselves as marginalized or even diminished by such transnational processes. We can be sure that social movements will continue to be born and that they will continue to reshape institutions.

What is a latent argument beginning with the liberal explosion from the early nineteenth century on, becomes an explicit one when the author contemplates the twenty-first. Electoral politics and movement politics are deeply intertwined and his parting thoughts, perhaps a bit surprising in a book stressing 10,000 years of varied movements, is a call for democratic citizens to do good through the ballot box rather than just take to the streets. Like many good books in the social sciences its conclusions invite new questions. Why is it that what is done through the ballot box is sometimes not good at all? It is a striking feature of the early twenty-first century that democratic citizens may vote for political figures who intend to contract democracy just as there are social movements opposed to a more democratic world, some of which have made their appearance in this book's pages. This splendid synthesis celebrates the movements that have enlarged democracy, but does it take sufficient note of movements pushing in the opposite direction?

Pérez Garzón's narrative never loses sight of material circumstances. For example, he traces how the European economic crisis of 1866 led to the collapse of insurance companies on which many had depended to be able to buy substitutes so they or their sons could avoid the hated

military conscription; this in turn imbued Republican-connected mobilizations with an especially strong position against conscription. And the narrative never loses sight of the ways in which the institutions of power could provide frameworks for resistance to that power. For example, he tells us how in the late Franco period the Comisiones Obreras were formed inside the official Organización Sindical Española. But in the later chapters there is an increasing emphasis on the creativity of movements in forging connections among themselves and in forging new ideas about what a better future might look like and about how to get there. So we read not just of emerging organizational opportunities but also of the development of a discourse of democracy and of developing linkages with movements of students in the expanding universities, priests for whom Vatican II opened new options, and movements of neighbors and housewives whose permitted meetings to deal with apparently local matters became vehicles for more generalized critique. By the time the narrative moves on beyond Franco, movements are being defined by the author through their broad objectives (feminism, pacifism, environmentalism) as much as by the material position of their often middle-class adherents. One wonders whether the increasing emphasis on movements' imagination as we approach the present is to some extent a byproduct of the increasingly abundant sources through which these movement could leave messages for today's historians.

To a comparativist, the kaleidoscope of movements portrayed in this work poses a

final question. To what extent are the many processes that lead people to challenge power that are analyzed in these pages specifically Spanish and to what extent do the arguments made here apply far more broadly. This theme is posed by the lovely cover image showing determined working people acting collectively at the turn of the last century. It's an Italian's vision. Does this matter?

We have had innumerable studies of particular movements. This fine book helps us think about the many roles movements generally have played in shaping the ways we live and what we think are possible ways to live.

John Markoff

University of Pittsburgh

Luis Aboites

El norte entre algodones: Población, trabajo agrícola y optimismo en México, 1930-1970

México, DF, El Colegio de México/Centro de Estudios Históricos, 2013, 461 páginas

Mario Cerutti y Araceli Almaraz (Coords.)

Algodón en el norte de México (1920-1970): Impactos regionales de un cultivo estratégico

Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 2013, 358 páginas

En los últimos años una oleada de nuevas investigaciones sobre el algodón, tanto en su vertiente agrícola como industrial, ha iluminado la variedad de experiencias de especialización productiva en esta fibra, y los sistemas de encadenamientos de su cultivo, comercio e industrialización a escala global (véase, Beckert, 2014; Farnie & Jeremy, 2007). En estos nuevos horizontes de debate sobre el cultivo y procesamiento de la fibra que hizo posible la primera revolución industrial, la historiografía agraria mexicanista contribuye con dos obras de gran relieve: un estudio de autor de Luis Aboites (*El Norte entre algodones*); y un volumen colectivo de ocho capítulos coordinado por Mario Ce-

rutti y Araceli Almaraz (*Algodón en el Norte de México...*).

Al estudiar experiencias regionales del cultivo dialogando con procesos globales, ambas obras enriquecen nuestro conocimiento sobre el desempeño general del sector agrícola mexicano en el siglo XX, visto a través de un vector: la economía del algodón, su cadena productiva, y sus entornos político-institucionales, sociales y medioambientales. Tanto por el tema como por su enfoque y marco temporal, así como por el sustento empírico que ofrecen, estas investigaciones consiguen explicar abiertamente el proceso de especialización productiva que conllevó la expansión del cultivo y su industrialización en el norte de

México, sus ciclos de auge y declive en el siglo XX, con posterioridad a la reforma agraria cardenista, coincidiendo con la segunda posguerra y la llamada *revolución verde*. Al examinar la formación y morfología de la cadena productiva del algodón mexicano, estos autores plantean la reflexión sobre el desenvolvimiento del capitalismo agrario en México contemporáneo, sugiriendo nuevas preguntas y proponiendo interpretaciones novedosas.

El algodón, fibra cultivada en Mesoamérica desde época prehispánica, cambió radicalmente el norte mexicano desde fines del siglo XIX: la zona, poco poblada por causa de la aridez y lejanía de las ciudades de la mesa central, vio el surgimiento de núcleos urbanos en polos agrícolas especializados en su cultivo y procesamiento, gracias a la colonización agrícola y la modernización de infraestructura de transportes e irrigación. Dando cuenta de la centralidad que para el desarrollo de la agricultura especializada del algodonero tuvieron las grandes obras de infraestructura hidráulica construidas por los gobiernos de la posrevolución en la franja territorial fronteriza entre México y Estados Unidos, Aboites, Cerutti y Almaraz difieren en su valoración y estimación de impacto. Empero, coinciden en explicar que en el norte mexicano este arbusto se convirtió, bajo el impulso de la tendencia ascendente en los precios internacionales, en un producto principal o monocultivo, conformando cinco «subregiones» algodoneras en la primera mitad del siglo XX: dos primeras, al noreste (la Comarca Lagunera, entre los estados de Coahuila y Durango, y Tamaul-

lipas [Matamoros]), otra en la zona norte-central (Chihuahua), y dos al noroeste, Mexicali en la Baja California, y la costa de Sonora y Sinaloa. Como resultado de esta expansión productiva, la fibra mexicana atravesó un breve, pero muy sobresaliente, *boom* exportador, liderando la canasta de exportaciones agrícolas, y alcanzando el segundo lugar en valor y volumen de producción. En ese pico exportador, el *oro blanco* mexicano tuvo un desempeño sumamente dinámico, alcanzando el país uno de los primeros lugares como productor y exportador mundial al lado de Estados Unidos, India, China, Egipto y Brasil. Precisamente cuando se profundizaba la industrialización en México, después de la crisis del 29, el algodón se convirtió en motor de crecimiento demográfico y económico en la franja norte de su territorio.

Si bien ambos textos fueron elaborados casi simultáneamente, en una especie de diálogo en contrapunto, su aproximación, interpretaciones y estructura organizativa son diferentes, y refrescantemente divergentes. Por su parte, en *El norte entre algodones*, Luis Aboites problematiza la delimitación regional a la luz de las transformaciones que el monocultivo del algodón impuso al norte mexicano, reconfigurando toda esta zona. En una narración que fluye sobre ejes temáticos y temporales, estructurada en siete capítulos («Poblamiento algodonero», «La economía agrícola», «Clayton y sus hermanas», «El mundo del trabajo y de la tierra», «El papel del Estado», «Ciudades orgullosas», y «La Debacle»), más un breve anexo estadístico, el autor estudia el *boom* exportador algodo-

nero como un ciclo (despuente o nacimiento, crecimiento, madurez, declive) cuyo impacto principal habría sido la urbanización de la gran región del norte, bajo el impulso del capitalismo agrario y agro industrial. Los capítulos desgranan cada una de las dimensiones y factores de la economía agrícola del algodón: la producción y sus retos, el poblamiento y urbanización algodoneros, la organización del trabajo, las políticas públicas, el desarrollo y organización del empresariado local, y los entramados trasnacionales de la tecnificación del cultivo, la política del comercio exportador de la fibra, y del capital comercial y financiero en los negocios algodoneros.

En su libro, Aboites desmenuza la interconexión del cultivo del algodón con el poblamiento y urbanización de nuevas áreas al norte del país, y el cambio agrario. En «El secreto urbanizador» de la fibra y en «Ciudades orgullosas» (pp. 71-85; 267-314) discute la potencia urbanizadora del cultivo. Al compás de su extensión e intensificación se produjo una *revolución algodonera*: se formaron *ciudades algodoneras*, centros de actividad agroindustrial y de servicios donde coexistieron –no sin conflicto– un nutrido y fluctuante proletariado agrícola al lado de una ascendente, vigorosa y «optimista» clase media de propietarios agrícolas, de fuerte vocación emprendedora. El autor demuestra cómo este grupo, liderando el cambio agrario, ha buscado legitimar su trayectoria empresarial y proyecto capitalista regional e imponer su visión del pasado y del futuro de la región norteña. Por su parte, intenta de-construir el mito de una historia de éxitos empresariales sobre una

naturaleza adversa que deja en la sombra, opacándolos, la dimensión social y los conflictos laborales.

En su capítulo cuarto, «El mundo del trabajo y de la tierra», y particularmente en la sección «Notas sobre cambio agrario y trabajadores agrícolas», Aboites cuestiona las lecturas clásicas del agrarismo revolucionario (1915-1937) que han inspirado varias generaciones de literatura desde la década de 1920 (Kouri, 2015). Sugiere que la revolución y la *reforma agraria cardenista*, punto culminante del agrarismo radical, habrían impulsado en el norte del país no sólo el crecimiento del sector agrícola ejidal tutelado por el Estado, sino además la consolidación de un mercado dinámico de tierras, movilizado durante el reparto agrario por un sector de pequeños y medianos propietarios privados especializados en el cultivo del algodón. Décadas después, coincidiendo con el pico del *boom* exportador de la fibra, este universo agrario conformado por medianas y pequeñas propiedades privadas y predios ejidales *algodoneros*, habría experimentado una nueva oleada de concentración de la propiedad de la tierra. En esta argumentación, el autor propone una revisión conceptual: más que el reparto agrario y la reforma agraria como política del Estado –sostiene Aboites–, debería estudiarse el cambio agrario.

Al lado de esta propuesta de alto impacto, que conecta con nuevos estudios atentos a detectar vacíos heurísticos y grietas conceptuales en el análisis del pasado rural de México del siglo XIX al XX (Escobar & Butler, 2013), el capítulo identifica otras zonas grises de la historiografía. Ar-

gumenta que, obsesionados por explicar el papel del Estado y la trayectoria de las políticas agrarias, así como por historiar, tanto los cambios en los derechos de propiedad como los cambiantes patrones de tenencia de la tierra, los estudiosos han desatendido la historia del trabajo rural, descuidando al proletariado agrícola y su historia, su experiencia laboral y sociocultural, y sus formas de lucha y organización. Así, esta investigación identifica con agudeza notables vacíos en el conocimiento de la experiencia y dinámicas socioculturales de los trabajadores agrícolas y las clases medias rurales en México contemporáneo, e invita a explorarlos en profundidad, considerando los procesos de construcción de identidad de los trabajadores, y sus conexiones con los procesos de migración interna y transfronteriza, colonización y trabajo agroindustrial en la franja fronteriza mexicano-estadounidense.

Por su parte, en el volumen coordinado por Mario Cerutti y Araceli Almaraz (*Algodón en el Norte...*) se estudia el despuete de la agricultura algodonera especializada y su contribución a la formación de varias subregiones de base agroindustrial, diferenciadas, tanto por su trama empresarial y tejidos productivos como por sus patrones de especialización en distintas variedades de producto (tamaño, grado, densidad, resistencia de la fibra obtenida), orientación al mercado y eslabonamientos industriales. Siete capítulos se detienen en las dinámicas regionales de implantación del cultivo y agroindustria de esta fibra, arrojando luz sobre los impactos regionales del cultivo del algodonero.

Dos estudios abren esta obra: un «Estudio introductorio», a cargo de Arturo Carrillo, quien consigue sistematizar las diferentes morfologías regionales del algodonero norteño y resaltar las principales contribuciones del volumen, seguido de un primer capítulo a cargo de Mario Cerutti: «El algodón en el norte de México (1925-1965): De cultivo regional a materia prima estratégica». Del cruce entre historia agraria e historia empresarial propuesto por Cerutti en este primer capítulo se desgrana la indagación colectiva expuesta en los siguientes capítulos. El algodón impulsó en el norte del país la conformación de una densa trama de negocios y el ascenso de un fuerte sector empresarial. Dada su importancia productiva y exportadora, los eslabonamientos industriales y de servicios que creó, y sus significativas contribuciones al fisco federal, estatal y municipal, Cerutti argumenta que el algodón fue cultivo y materia prima estratégica en México: pobló una zona fronteriza, se erigió como el segundo producto agrícola considerando el volumen y valor de su producción, y ocupó un lugar preeminente en la canasta de exportaciones de bienes agropecuarios. Al lado, la fibra alimentó una demanda industrial en pleno crecimiento, y posibilitó procesos de integración vertical, posibilitando el desenvolvimiento industrial (industria textil, y agroindustrias como la aceitera, jabonera y otros agronegocios) dinamizando el mercado de trabajo e impulsando al alza los salarios y jornales en toda la franja norte del país. En cuanto a las dinámicas agrarias, Cerutti esboza una genealogía de la especialización en el cultivo y agroindustrias de

la fibra, con base en el *modelo de la Comarca Lagunera*, que se propagó a lo largo de la zona fronteriza, replicando en nuevos centros de cultivo y procesamiento, y adoptando en cada subregión marcadas variaciones y particularidades.

Los capítulos subsiguientes estudian detenidamente cada una de las subregiones donde se implantó el cultivo del algodón en el norte de México. En el tercer capítulo «Competitividad de la Comarca Lagunera (1920-1960): Productividad, calidad y desempeño en los mercados», Eva Luisa Rivas Sada examina la cadena agroindustrial del algodón y los altibajos en la competitividad de la producción lagunera después de 1937. La autora consigue articular el análisis de los factores agrológicos y las dinámicas de mercado para ofrecer un panorama completo y muy original de la trayectoria productiva y comercial de la economía del algodón lagunero. Dialogando con los más recientes debates de la historia agraria europea y estadounidense, Rivas Sada demuestra que en La Laguna no sólo tuvo lugar una experiencia de crecimiento agroindustrial e integración vertical entre agricultura e industria, sino además el desenvolvimiento exitoso de una agricultura tecnocientífica, cuyo tejido productivo echó raíces en el siglo XIX. Su análisis de las pausas de diferenciación técnico-productiva de los agricultores laguneros desde fines de la década del treinta –un sector ejidal, dependiente del Estado, y un sector privado– es esclarecedor. Comprueba que la trayectoria contrastante de cada sector se explica debido a asimetrías estructurales: el acceso desigual a factores e insumos de producción

y la especialización productiva en tipos, grados y calidades de fibra diferentes. El sector ejidal y el sector privado no sólo absorbían costes de producción muy diferenciados, sino además abastecían nichos de mercado diferenciados, correspondientes a distintos segmentos de la demanda industrial textil y agroindustrial.

En «El algodón en el norte de Tamaulipas: Inicio, auge y declive (1920-1965)», de Casey Walsh y Cirila Quintero, y en el capítulo de Araceli Almaraz, «El proyecto algodonero de Mexicali, la nueva tutela del Estado y nuevos actores locales (1938-1968)» se exponen dos experiencias de colonización agrícola en valles binacionales. Demuestran que, sobre la base de condiciones geofísicas, ecológicas, de infraestructura de irrigación y generación de energía similares, el algodón y sus agroindustrias se diseminaron a ambos lados de la frontera mexicano-estadounidense, a pesar de la heterogeneidad del gobierno y administración de ambos países. Walsh y Quintero estudian el ciclo algodonero en su expansión y auge, deteniéndose en los problemas de la colonización agrícola y las políticas de impulso al cultivo de la fibra, profundizando en su declive y posterior reconversión a una agricultura de cereales (sorgo). Araceli Almaraz, en la sección «La herencia estadounidense», estudia el despuente y desarrollo de un proyecto agrícola estadounidense en el valle de Mexicali durante la Primera Guerra Mundial, impulsor de las agroindustrias y los servicios financieros (varias compañías bancarias) y comerciales, ilustrando con claridad la profunda interconexión entre ambos lados del

valle y deltas del río Colorado, Valle Imperial y Mexicali. En una segunda parte analiza las tensiones surgidas por la creación del Distrito de Riego del Río Colorado y expropiación de la Colorado River Land Co. del lado mexicano, y en paralelo, con la construcción de la presa Boulder y el canal Todo Americano del lado estadounidense. La autora explica que, una década después, entre 1940 y 1950, un segundo *boom* algodonero tuvo como protagonista a las agencias federales responsables de la irrigación, compra, refacción y exportación de algodón y semilla, lo que resultó en dos polos de crecimiento agroindustrial, uno rural (valle de Mexicali) y otro urbano (Mexicali).

La proliferación de negocios públicos y privados del algodón puede seguirse en varios de los capítulos de este volumen. Dos de ellos se detienen puntualmente en las finanzas algodoneras. En «La explotación del algodón en la franja costera del noroeste (1925-1976)», Gustavo Aguilar y Ana Isabel Grijalva arrojan luz sobre el financiamiento del sector agropecuario en la costa norte del pacífico mexicano, entre Sonora y Sinaloa, mostrando como fluyó el crédito agrícola (parabancario y bancario) a la agricultura y agroindustrias, iluminando, si bien lateralmente, la dinámica regional del mercado de capitales. La explosión de eslabonamientos agroindustriales, conectada a la proliferación de uniones y asociaciones de crédito en esa región costeña, converge con lo explicado por Luis Aboites en *El norte entre algodones...* (pp. 141-145). En «Algodoneros de Delicias...» este autor propone un abordaje de sociología fiscal para examinar, a través de un caso puntual, la

contribución fiscal del *boom* algodonero. Analiza una secuencia de negociaciones y conflictos por el reparto de la carga fiscal en los niveles local, estatal y federal del fisco (*Pleitos por tributos*), que enfrentaron a una pluralidad de actores en Delicias (autoridades políticas y hacendarias de varios niveles, a los productores y a los intermediarios), presentando con ello un modelo para futuros estudios de la fiscalidad agraria. La dimensión social de este capítulo conecta claramente con «Memorias algodoneras» (pp. 331-356), refrescante e iluminador testimonio de un experto clasificador de fibra de algodón, Alberto González Domene. Así, el volumen cierra con un vívido botón de muestra del «optimismo norteño», y sobre todo, con un ejemplo claro y manifiesto del grado de especialización técnica alcanzada por la economía algodonera en cada fase de su cadena productiva, de su profunda penetración por las dinámicas del mercado nacional y mundial, y de su acentuada articulación y conexión con redes profesionales y científico-tecnológicas transnacionales.

Las investigaciones aquí reseñadas, como conjunto, renuevan cuatro décadas de historiografía sobre el algodón, reflejando con originalidad los recientes cambios y desplazamientos en la historiografía rural mexicana. Al proponer una delimitación temporal definida por el ciclo económico de un cultivo de gran preeminencia –tanto en valor como en volumen de producto cosechado y comercializado– como fue el algodonero, demuestran la estrechez de las periodizaciones definidas por criterios políticos para el estudio histórico de los

procesos agrarios. Asimismo, al analizar el ciclo exportador del algodón contemporáneo a la Guerra Fría y la profundización de la industrialización, Aboites y los diez autores que colaboran en el volumen coordinado por Cerutti y Almaraz logran trascender la preocupación por la Revolución y el agrarismo radical que había caracterizado la historiografía sobre el algodón mexicano, consolidando así un viraje historiográfico ya perfilado en estudios previos. Lejos de observar el auge capitalista algodonero en la Comarca Lagunera como causa explicativa de la movilización social y agraria revolucionaria en esa región entre 1910 y los años 1930, los trabajos de este grupo de autores ejemplifican la marcada retracción del interés por estudiar la revolución agrarista (1910-1938).

Si las historias del algodón mexicano se habían concentrado, hasta ahora, predominantemente en el periodo 1870-1940, y enfocado exclusivamente en la dimensión regional, estos dos volúmenes contribuyen a un mejor conocimiento de la historia de la gran región «norteña» y, fundamentalmente, de los procesos de integración económica transfronteriza, cuestión que sobresale como una de las más revisitadas por la historia económica mexicanista de las últimas décadas. Demuestran de forma rotunda que la economía algodonera mexicana articuló en un solo espacio geoeconómico el norte de México con el sur estadounidense, en distintos segmentos de su cadena productiva, formándose una especie de gran región algodonera norteamericana, que vinculó el espacio productivo del *Cotton Belt* estadounidense, y el cinturón

algodonero sureño hacia el centro y el oeste, con el norte de México (véase el mapa de la p. 16 en el libro de L. Aboites).

En suma, ambas obras ilustran el derrotero de la economía del algodón mexicano-norteamericano, mostrando su transformación de medio siglo: un auge exportador desde fines de 1940, su pico o cima exportadora en la década de 1950 –que complementa los desplazamientos productivos estadounidenses–, y su declive, también transfronterizo, entre los años 1960 y 1970. En este sentido, puede decirse que estos trabajos se vinculan –sin proponérselo– con la renovada reflexión de Sven Beckert (2014) al explicar el funcionamiento de la cadena productiva algodonera (de la siembra a los mercados) mostrando la participación de capitales y tecnología extranjera en cada fase e iluminando las conexiones de los procesos locales con las dinámicas globales. Si los estudios regionales reunidos por Cerutti y Almaraz dan rigurosa y amplia cuenta de esta profunda interconexión desde el ámbito tecnoeconómico, agrícola y empresarial, la obra de Aboites integra con agudeza la dimensión laboral de esta vinculación. El cultivo del algodonero mexicano funcionó compartiendo un mercado de fuerza de trabajo con el sector agropecuario del sur estadounidense. Marcado por la tensión permanente entre fuerzas de expulsión y de atracción, este mercado fue ordenado por el acuerdo binacional del Programa Bracero (1942-1964) y otros intentos de regulación del gobierno federal mexicano. En México este programa había recibido más atención en investigaciones sobre migra-

ción, o estudios sobre relaciones diplomáticas bilaterales, por lo que resulta aquí otra importante contribución al debate.

Si la dimensión transfronteriza del auge algodonero mexicano queda ilustrada de forma excepcional en estas obras, algunos pasajes quedan presos del exceso de regionalismo, y se verían reforzados por más diálogo con otras experiencias algodoneras de Sudamérica, África y Asia. De igual manera, pese a la innovadora incursión de Aboites en la política de comercio y diplomacia del algodón para esclarecer la *contribución estadounidense* como factor detonante del declive del algodón mexicano (pp. 316-339), era esperable mayor atención a las dinámicas del mercado mundial en ambos volúmenes. El auge algodonero exportador mexicano coincidió con la profunda transformación de los mercados de fibras: altibajos en los precios, la regulación de la oferta, *dumping*, competencia de las fibras sintéticas, y un desplazamiento irreversible de América y Europa como epicentros de la producción, mercado y manufactura algodonera, a un nuevo polo, en Asia. Dada la relevancia de este *boom* exportador, y de la importancia del comercio de fibras en los procesos de globalización, es de esperar que futuras investigaciones arrojen luz sobre la participación del algodón mexicano en los mercados de fibras, en las negociaciones de México en la diplomacia bilateral y regional, y en los acuerdos de comercio de fibras suscritos en el curso del último tercio del siglo XX. En suma, si estos trabajos logran exponer de forma magistral la contribución mexicana al mercado mundial del algodón, también ilumi-

nan zonas aún grises o inexploradas, invitando así a nuevas investigaciones que exploren las dimensiones globales de esta historia del algodonero mexicano.

De forma penetrante, ambos volúmenes ilustran la fertilidad del empleo de nuevas delimitaciones temporales que descentran a la Revolución, y nuevos parámetros y escalas para la regionalización, distinguiéndose por ello de una muy nutrida y robusta historiografía regional. Brindan nueva evidencia empírica sobre la diversidad de experiencias de colonización agrícola en México y sobre las articulaciones campo-ciudad. Identifican nuevos problemas de investigación, como son el impacto demográfico y los encadenamientos industriales –tanto nacionales como transnacionales– de la agricultura algodonera, así como el desenvolvimiento de la agricultura tecnocientífica en México y el despegue de los agronegocios. Se trata, sin duda, de dos textos sobresalientes y fecundos. Su publicación comprueba, una vez más, la profunda conexión entre las inquietudes del presente y las preguntas al pasado: el norte entre algodones, pródigo y profundamente desigual, encuentra reflejo inverso en las desgracias del presente, cuando se ha tornado zona en guerra, amenazada por los muros y las barreras comerciales, despoblada por la violencia y la emigración, sin nítidos horizontes de cara al futuro.

María Cecilia Zuleta
orcid.org/0000-0002-8580-2197
 entro de Estudios Históricos, El
 Colegio de México

REFERENCIAS

BECKERT, S. (2014). *Empire of Cotton: A Global History*. New York: Alfred Knopf.

ESCOBAR, A. & BUTLER, M. (2013). Transitions and Closures in Nineteenth and Twentieth Century Mexican Agrarian History. En A. ESCOBAR & M. BUTLER (Eds.), *Mexico in Transition: New Perspectives on Mexican Agrarian*

History, Nineteenth and Twentieth Centuries (pp. 33-77). México: CIESAS.

FARNIE, D. A. & JEREMY, D. J. (Eds.) (2007) *The Fibre that changed the World: The Cotton Industry in International Perspective, 1600-1990s*. Oxford: Oxford University Press.

KOURI, E. (2015). La invención del ejido. *Nexos*, 37(445), 54-62.

Richard C. Hoffmann

An Environmental History of Medieval Europe

Cambridge, Cambridge University Press, 2014, 409 páginas

This book, published as part of the Cambridge University Press ‘Medieval Textbooks’ series, provides a bold and at times provocative overview of Europe’s environmental history between the end of the Roman period and the sixteenth century. Richard Hoffman packs a very great deal into this relatively small volume, something which is both its strength and its weakness.

The author opens with an engaging introductory chapter which explores some of the concepts and models of environmental history and discusses how these might be employed in the context of medieval Europe –here largely equated with Latin Christendom, and excluding the Byzantine world. The principal themes of the book are clearly set out: *environmental influences, attitudes to nature and human impacts on the natural world*. This opening chapter also reviews, briefly but effectively, the sources available for studying these themes and issue. It also deals with the environmental history of Europe before the

Middle Ages, discussing with clarity subjects as diverse as post-glacial sea-level change and vegetational history, although with surprisingly little engagement with current debates about the character of the “natural” landscape of western Europe, before the advent of farming –whether closed-canopy woodland or more open, savanna-like landscapes, kept open by grazing herbivores, as argued by the Dutch ecologist Frans Vera (2000). Some other debates are similarly glossed over, and one or two old myths are repeated. The suggestion that *grain, olives and vines* constituted the *ruling trinity of Mediterranean crops since pre-classical times*, for example, does not really do justice to the work of Juan Infante-Amate (2012) and others on the relatively late development of large-scale olive farming across much of this region. But to be fair, so much is compressed into the discussion that some simplification is inevitable, and the chapter’s clear statement of the legacy inherited by medieval Europeans from both the *classical* and the *barbarian* worlds pro-

vides a useful framework for the chapters that follow.

These unfold along both thematic and chronological lines. Chapter 2 offers a broad overview of ecological, economic and social developments in the period between 400 and 900 which is clear, comprehensive and on the whole successful, although I for one have some reservations about the simple concept of barbarian “monarchies” replacing the Roman Empire. Chapter 3, “Humankind and God’s Creation in Medieval Minds”, is a discussion of *how medieval people thought about their relationship to God’s Creation as they understood it* which it would be difficult to improve upon. Chapter 4 enters more difficult territory, dealing with the expansion of arable land use across Europe between the tenth and the fourteenth centuries (*the cerealisation process*) and the consequent creation of the continent’s wide range of “traditional” landscapes. Hoffman makes the important point, already advanced in an English context by Debbie Banham and Ros Faith (2014), which is not referenced, that this development was not simply a function of demographic growth but was also driven by changing dietary preferences. Once again, minor quibbles could be made, especially regarding the extent and character of woodland in various parts of Europe and the chronology of its clearance, the debates surrounding which are insufficiently explored. Chapters 5 and 6 deal with the issue of long-term environmental sustainability of medieval social and economic systems; Chapter 7, interestingly and succinctly, with medieval property

rights (including common rights) and the extent to which their character contributed to sustainability, or to ultimate ecological disaster. Hoffman concludes that not only lordly and communal regulation, but increasingly rules and frameworks imposed by nation states, served to limit to a significant extent the over-exploitation of resources.

Chapters 8 and 9 are perhaps the best chapters in the book. Here, Hoffman discusses the causes of the crisis of the fourteenth century, with a brilliant and remarkably clear discussion of what he sees as the autonomous historical actors of pathogenic micro-organisms and climate change. It was, he argues, a combination of the Black Death (accepted as a form of bubonic plague) and the onset of climatic deterioration which were together responsible for the collapse of Europe’s population by between 30 and 60 per cent, rather than any simple “Malthusian check” – whether in the form of declining crop yields as cultivation expanded onto ever more marginal land, as in Postan’s formulation (1973); or as a more general crisis of resources resulting from rampant population growth, as posited by historians such as Charles Bowlus (1980). As Hoffman argues, drawing in particular on the English research of Bruce Campbell (2011), the documentary evidence suggests that for the most part land productivity held up well in High Medieval Europe. Population fell in the fourteenth century as a consequence of factors essentially unrelated to demographic pressure and environmental degradation.

Hoffman has bravely taken on a formidable task of summary and collation. Does he succeed? For the most part the answer is a firm *yes*, and it is good to see the return of the *grand narrative* to medieval history. This is ground largely vacated by social and economic historians over recent decades, and in a medieval context, as elsewhere, environmental history has stepped into the breach. The particular strength of Hoffman's book is that the *deepening colonization of Europe's natural sphere* is discussed not simply in terms of demography, resources and ecological relations, but also with full regard to social transformations, ideologies, and the mental worlds of our ancestors. All this said, the inevitable simplification required for such an undertaking does tend to lead to the suppression of debate, as already noted, and where the book does focus on particular academic arguments –as, for example, in its discussion of Hardin's old ideas about the *tragedy of the commons* (1968)– it tends to gain in clarity and focus. Other minor quibbles would include the failure of the book to deal sufficiently with the issue of domestic and industrial fuel, something essentially dealt with in a mere six pages in Chapter 6, and the rather poor quality of many of the photographs.

But there are arguably two more fundamental problems with Hoffman's text. The first is its failure to really explore what is meant in this context by words like *nature* and *the natural*. As Hoffman makes clear, medieval Europeans lived in an environment which had been systematically and irretrievably transformed over many thou-

sands of years and was a very long way from pristine nature. In many regions every inch of the environment was exploited in some way, for food, fuel or raw materials. Whether our ancestors thought of managed wood-pastures, for example, as any more *natural* than their corn fields is a moot point. We might do so, but this is arguably a reflection of our steady divorce from direct involvement in land management. It may be unwise to assume our ancestors had similar attitudes. At times, *nature* and *natural* begin to mean almost anything. The second problem concerns one of the book's key arguments –the idea that the disasters of the *dismal fourteenth century* owed little or nothing to the pressure of population on limited resources, and were solely the consequence of the autonomous and random workings of disease and climate change. The argument is well made but is perhaps taken too far. For as Hoffman says, such malign influences have the greatest impact on *weak points* within social and economic systems; and in spite of arguments to the contrary it is hard to believe that such *weak points* did not multiply as population soared, and resources dwindled, in the course of the twelfth and thirteenth centuries. The idea that rapid population growth had no real influence seems extreme, not least because in the post-medieval period –in England at least– population once again stagnated, and then began to decline, in the late seventeenth and early eighteenth centuries, just when levels returned to those of the early fourteenth. But this time, revolutions in agriculture and industry, of a kind which would

have been impossible in the Middle Ages, paved the way for sustained, exponential demographic growth.

The very nature of this reviewer's responses should, however, make it clear that although *An Environmental History* is described as a *textbook*, it is in fact far more than that. It is a brilliant and comprehensive overview, an interpretation of a large and complex topic by a scholar with an enviable grasp of European history. It is a magnificent achievement, and is thoroughly recommended for anyone with an interest in this important subject, at whatever level.

Tom Williamson

University of East Anglia

REFERENCES

- BANHAM, D. & FAITH, R. (2014). *Anglo-Saxon Farms and Farming*. Oxford: Oxford University Press.
- BOWLUS, C. (1980). Ecological Crisis in Fourteenth-Century Europe. In L. J. Bilsky (Ed.), *Historical Ecology: Essays on Environment and Social Change* (pp. 86-99). Washington: Kenikat Press.
- CAMPBELL, B. (2011). Panzootics, Pandemics and Climate Anomalies in the Fourteenth Century In B. HERRMANN (Ed.), *Beiträge zum Göttinger Umwelthistorischen Kolloquium* (pp. 177-215). Göttingen: Universitätsverlag Göttingen.
- HARDIN, G. (1968). The Tragedy of the Commons. *Science*, 162 (3859), 1243-1248.
- INFANTE-AMATE, J. (2012). Ecology and History of the Mediterranean Olive grove: the Spanish Great Expansion, 175-2000. *Rural History*, (23), 161-184.
- POSTAN, M. (1973). *Essays on Medieval Agriculture and General Problems of the Medieval Economy*. Cambridge: Cambridge University Press.
- VERA, F. (2000). *Grazing Ecology and Forest History*. Wallingford: CABI Pub.

Josep Colomé, Jordi Planas y Francesc Valls-Junyent (Eds.)
Vinyes, vins i cooperativisme vitivinícola a Catalunya
 Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2015, 663 páginas

La vitivinicultura catalana es, sin duda, uno de los temas de la historia agraria española mejor conocidos, gracias a la amplísima bibliografía disponible. Parecería, pues, que un nuevo libro no podría aportar grandes novedades y, sin embargo, el lector que se adentre en este volumen pronto advertirá que no es así. Como señala Llorenç Ferrer en su capítulo, hay numerosos aspectos

necesitados de investigación y algunos sobre los que se sabe poco en el estudio de la producción vitivinícola de Cataluña. De hecho, el libro explora cuestiones que habían recibido poca atención, replantea desde postulados metodológicos distintos temas que ya habían sido tratados y dedica, en particular, una atención destacada al desarrollo del cooperativismo en este sector.

Los quince trabajos incluidos en el volumen podrían agruparse en tres temáticas diferentes: por un lado, las condiciones sociales de la producción vitícola; en segundo lugar, la producción y comercialización del aguardiente y el vino; finalmente, el papel del cooperativismo.

En el primero de estos ámbitos, E. Tello y M. Badia abren el libro con una reinterpretación de la especialización vitícola catalana, que combina las respuestas al crecimiento demográfico con las oportunidades del mercado exterior y con las modalidades de la expansión de la frontera de la vid según las condiciones físicas y las formas previas de policultivo. Un modelo complejo y dinámico que integra argumentos de E. Boserup, A. Smith y D. Ricardo, sin olvidar, además, los efectos de la acción colectiva, para ofrecer una sugestiva visión del cambio agrario a lo largo de dos siglos. La evolución de esta frontera vitícola dio lugar a una primera etapa de mejora de las rentas de los sectores campesinos, de manera que las desigualdades se fueron reduciendo hasta mediados del siglo XIX. Con posterioridad, la tendencia se invirtió y la desigualdad en el campo volvió a incrementarse, lo que, según los autores, guarda mucha relación con la trayectoria de la *rabassa morta* como tipo de contrato dominante y los conflictos en torno a ella.

Esta modalidad de explotación de la viña tiene, como era de esperar, cierto protagonismo en el libro, con estudios que adoptan perspectivas diferentes. Así, LL. Ferrer sitúa la importancia de la *rabassa* en relación con otras modalidades de plantación y cultivo y ofrece un mapa de su localización espacial.

La diferente presencia del citado contrato según las zonas se vincula a las estructuras de la propiedad existentes. A su vez, estas diferencias territoriales se extienden también al modo en que se elaboraba el producto y a las estructuras de comercialización. De ese modo, queda reforzado el contraste entre las comarcas vitivinícolas de la provincia de Barcelona y las de Tarragona.

Tradicionalmente se ha considerado que la *rabassa morta* había sido poco importante en tierras de la provincia de Girona. R. Congost y E. Saguer lo desmienten aquí. Su análisis señala el carácter esencialmente dinámico de este contrato, que experimentó cambios en muchos sentidos durante los siglos XVIII y XIX, tanto en su localización geográfica como en la renta pagada y en la tipología de los cultivadores. Pero, además, el contrato que había sido predominante en la expansión de la viña durante el siglo XVIII desaparecería prácticamente en la zona de Girona durante el siglo XIX y sería sustituido por establecimientos perpetuos. Los cultivadores ganaban, pues, estabilidad. Congost y Saguer interpretan este cambio como el resultado de un proceso de negociación en el cual los enfiteutas consiguieron contratos más favorables en cuanto a su disponibilidad sobre la tierra, a cambio de aceptar un aumento no pequeño de la renta pagada.

Muy diferente fue el resultado de la evolución de la *rabassa morta* en una comarca como el Penedès, según el trabajo de J. Colomé. En opinión del autor, los cambios legales de la revolución liberal tuvieron aquí un gran impacto. Amparados

en ellos, los propietarios emprendieron, durante la segunda mitad del siglo XIX, iniciativas colectivas para limitar la duración del contrato y actuaciones individuales de carácter judicial para poner fin a muchos contratos con *rabassers*. Los cultivadores desarrollaron sus propios mecanismos de defensa, tanto con acciones violentas como con la asociación, pero los efectos de la filoxera acabaron con las solidaridades a escala local y habrían propiciado, según el autor, contratos más ventajosos para el propietario.

En otros casos, como en el Vallès Occidental, el desarrollo de la viticultura fue más tardío, pero una vez iniciado, sería extremadamente rápido, hasta convertirse en el cultivo predominante y, en algunas localidades, casi un monocultivo. El análisis de este caso por parte de P. Roca muestra, por un lado, el potencial transformador que los cambios en la agricultura tienen sobre el paisaje, las formas de poblamiento y las oportunidades abiertas para diferentes sectores de la sociedad rural, aun en el seno de la agricultura de base orgánica. Sin embargo, a la luz de la crisis vitícola causada por la filoxera, también apunta a las contrapartidas de una especialización tan marcada y la pérdida de diversidad que comportó su expansión.

Un aspecto importante para entender las inversiones en el sector vitivinícola es el comportamiento de crédito. R. García Oraullo estudia este mercado durante el periodo de la filoxera y compara su evolución en las comarcas del Alt Empordà y la Conca de Barberà. Aunque el mayor dinamismo en el primer caso se explica por el hecho de que

la replantación de vides se acometió cuando los precios todavía eran altos, el autor destaca la imposibilidad de relacionar de manera automática los dos fenómenos: precios y volumen del crédito. Si los préstamos siguieron siendo abundantes cuando los precios comenzaron a caer, la explicación reside en la dificultad de adaptar las expectativas a los cambios que se estaban produciendo. Cuando el paso de los años hizo evidente la crisis, se produjo una importante retirada de unos prestamistas que ya no volverían, atraídos por otras oportunidades de beneficio.

Los trabajos dedicados a la producción y comercialización presentan también enfoques muy heterogéneos. Encontramos un análisis de carácter microeconómico en el trabajo de J. M. Grau y F. Valls sobre los proveedores de aguardiente de una compañía de Reus en la segunda mitad del siglo XVIII. Sale así a la luz una red comercial extensa (sólo en la Conca de Barberà se senta y dos negociantes, muchos de los cuales se declaraban campesinos), que constituían un estrato social intermedio entre los productores y la compañía comercial domiciliada en la ciudad. Unos agentes que, a su vez, participaban también en el comercio de otros productos, en los circuitos del crédito y en negocios como el arrendamiento del cobro de rentas.

Frente a este desarrollo temprano de estructuras sociales ligadas al mercado, aún condicionadas por las realidades del Antiguo Régimen, el estudio de F. J. Iglesia sobre el fracaso de una destilería creada en la década de 1770 por comerciantes catalanes en Aranda de Duero muestra unos resulta-

dos muy distintos: las dificultades para estas iniciativas comerciales que ofrecía un contexto bien diferente del catalán y en el que concurrieron la oposición de una parte de las élites locales, la dificultad de las vías de comunicación con el puerto de Santander y una regulación gremial poco propicia al mercado.

Desde un enfoque más agregado y general, el detallado análisis de las cifras de transporte en la segunda mitad del siglo XIX, llevado a cabo por P. Pascual, muestra la importancia que, incluso tras la aparición del ferrocarril, tuvieron el transporte por carros y la navegación de cabotaje. El ferrocarril sólo se impuso de manera paulatina, de manera que, en 1862, por ejemplo, la mayor parte del vino que llegaba a Barcelona lo hizo transportada en carros. Por su parte, la navegación a lo largo del litoral fue decisiva, incluso cuando los tráficos por ferrocarril aumentaron, y éstos no llegaron a ser hegemónicos hasta las dos últimas décadas del siglo.

La innovación y la mejora del producto final son cuestiones que reciben poca atención en el libro. Ambas han tenido diferente intensidad a lo largo del tiempo y son especialmente importantes en tiempos recientes. Precisamente a esta etapa más próxima está dedicado el trabajo de M. A. Bové sobre las transformaciones de gran calado que se dieron en el Priorat en las décadas finales del siglo XX. Una vitivinicultura en decadencia absoluta en esta zona de la provincia de Tarragona fue revitalizada desde los años 1980 por emprendedores ajenos a la comarca, apoyados en las condiciones físicas de la zona, con la creación

de nuevos vinos, de una denominación de origen y una importante diferenciación del producto.

La tercera temática que el libro aborda es la referida al cooperativismo. Los inicios de las bodegas cooperativas se remontan en Cataluña a 1894 y su expansión constituyó una respuesta a la crisis vitivinícola, con la bajada de precios y las dificultades para destinar las tierras de viña a otros cultivos. Sin embargo, la diferente intensidad cooperativa entre unas comarcas y otras igualmente vitícolas muestra, según J. Planas, la importancia de las condiciones sociales: mientras en el Penedès, la intensidad del conflicto *rabassaire* y las tensiones con los propietarios en el seno de un reparto de la tierra polarizado frenaron el cooperativismo, en tierras de Tarragona, la abundancia de pequeños propietarios favoreció la cooperación. También influyó en esta diferente evolución el hecho de la menor especialización vitícola en el sur, lo que desincentivaba la adquisición privada de instalaciones de transformación. Con posterioridad, la Mancomunitat daría un impulso importante a estas instituciones, en parte gracias al Servicio de Viticultura y Enología, pero la falta de recursos y la corta vida de esta institución frenaron la creación de cooperativas y limitaron el embotellado y la comercialización por parte de las existentes.

Pese a todo, en algunas comarcas la cooperación alcanzó una notable intensidad. Es el caso de la Conca de Barberà, donde el estudio de la cooperativa de l'Espluga de Francolí por J. Planas y J. M. Vallès muestra la importancia de personali-

dades individuales capaces de impulsar la institución, junto a la movilización de los propietarios (en este caso pequeños) frente a la crisis vinícola. La extensión del cooperativismo aparece, además, muy ligada al efecto demostración que tenía la existencia previa de una cooperativa de éxito, de ahí que la proximidad y el contacto fueran factores importantes, lo que dio lugar a una cierta concentración de estas instituciones en comarcas concretas. En la Conca de Barberà, por otra parte, el cooperativismo dejó su huella material en las conocidas *catedrales del vino*, las bodegas diseñadas, en muchos casos, por arquitectos que descollaron en esta construcción, entre los cuales M. Cucurella estudia el caso de Pere Domènec i Roura.

En cambio, las cooperativas participaron muy poco en la fabricación de alcoholés vínicos, que conservaba cierta importancia en los inicios del siglo XX en Tarragona, donde el subsector contaba con una tradición secular. Según el trabajo de R. Soler, la razón estaría en las dificultades que encontraban las cooperativas para financiar las instalaciones de destilación, en una estructura de la producción a muy pequeña escala.

Pese a todas las limitaciones, Cataluña lideró, en el contexto español, la cooperación en este sector agrícola durante el primer tercio del siglo. Habría que esperar, sin embargo, a la segunda mitad del siglo XX para que el cooperativismo vitivinícola adquiriera un verdadero protagonismo, ahora de modo paralelo a su extensión por otras regiones vitícolas de España. Según el estudio de F. J. Medina, el intervencionismo

estatal durante el franquismo impulsó la creación de cooperativas, tras haber llevado a cabo una depuración de directivos desafectos al régimen e incrementado el control político de estas instituciones. En el caso catalán, esta nueva etapa muestra el peso de la trayectoria histórica, ya que se reprodujo el dualismo territorial que hemos señalado más arriba: mientras en el Penedès las cooperativas dependían de las empresas transformadoras, en la provincia de Tarragona mantuvieron una mayor autonomía.

En definitiva, este volumen será de utilidad a lectores interesados en temas diferentes, sea la evolución de las estructuras de la producción agraria, el desarrollo de los mecanismos de comercialización de un producto que ha atravesado crisis y transformaciones en los últimos dos siglos, o la difusión del cooperativismo en un sector donde el protagonismo de esta forma de economía social ha acabado siendo decisivo. La excelente síntesis y actualización de conocimientos sobre el tema que ofrecen los editores en la introducción será, además, de especial utilidad para quien busque una panorámica general integradora. Finalmente, otra característica del libro es la abundantísima información cuantitativa ofrecida, de una gran riqueza y referida a los más diferentes aspectos. Ninguno de los trabajos carece de cuadros y gráficos, y algunos apéndices proporcionan series muy completas, por ejemplo, del tráfico ferroviario de vinos y otros derivados. También es de destacar que muchos de los trabajos incluyen mapas que permiten al lector una localización muy precisa de las variables y

los cambios estudiados, todo ello en una cuidada edición.

A la postre, este nuevo conjunto de aportaciones, que ofrece novedades y un buen número de estudios de caso, tampoco agota esta temática tan visitada por los historiadores. Es una buena muestra de la vitalidad de nuestra historiografía agraria el hecho de que, con posterioridad a la publicación del libro, hayan aparecido ya

trabajos —como los de Samuel Garrido— que abordan la cuestión de la *rabassa morta* desde nuevos puntos de vista y en perspectiva comparada.

Salvador Calatayud Giner
orcid.org/0000-0002-1714-8760

Universidad de Valencia

Guy Thomson

El nacimiento de la política moderna en España: Democracia, asociación y revolución, 1854-1875

Granada, Comares, 2014, 465 páginas

En el año 2014, gracias a la editorial granadina Comares, apareció en castellano la investigación que el historiador británico Guy Thomson (profesor emérito de la Universidad de Warwick) había publicado en inglés en 2009. *El nacimiento de la política moderna en España: Democracia, asociación y revolución, 1854-1875* es un denso y documentado estudio sobre el proceso de politización democrática en la España liberal del XIX. El laboratorio de análisis se localiza en la comarca andaluza comprendida en el triángulo que forman las localidades de Loja, en Granada, Antequera en Málaga y la cordobesa Iznájar. Thomson revela cómo en las tres décadas que median entre la llegada de los moderados isabelinos al poder tras el Bienio Progresista y la restauración borbónica tras el Sexenio, aquel espacio vive un convulso periodo de politización que lo convertirá en uno de los

epicentros del activismo democrático republicano. Aunque la investigación arranca en los años 1840 y se adentra en el Sexenio, a nuestro juicio la parte sustantiva y medular del análisis es la dedicada al periodo entre el Bienio Progresista y la Gloriosa (también es la etapa a la que el autor dedica mayor esfuerzo). Thomson reconstruye y escudriña el proceso de articulación y fragua de un maillazo político democrático que explica y sustenta no sólo el intenso activismo insurreccional en la zona, sino también las complejas interrelaciones de poder local en la comarca (con sus ramificaciones en los niveles provincial y nacional); interrelaciones definidas en los años cincuenta y sesenta por el juego de geometrías variables entre moderados, progresistas y demórepublicanos. Como trasfondo de todo el proceso de permeación democrática en la zona y de la acción política derivada,

late, como argumento explicativo primordial, la cuestión de las demandas de reparto de tierras por parte de sectores campesinos en un momento crucial del segundo gran proceso desamortizador llamado a liberalizar los bienes municipales.

El estudio se estructura en cuatro partes. Las tres primeras son las sustantivas. Un primer capítulo introductorio esboza el camino de la democracia política en la zona desde los años 40 hasta 1856. Tras éste, el grueso de la obra (capítulos 2 al 11) se ocupa de la labor de construcción y capitalización social de la democracia en la clandestinidad, y de sus principales explosiones subversivas, con especial atención a la que es su máximo exponente: la llamada «revolución de los herradores» de Loja en 1861. La represión, los intentos de desarticulación, y la propia capacidad de resistencia y resiliencia de la organización democrática durante la década de 1860 bajo la marca del narvismo moderado, hasta la llegada de la revolución de 1868 cierran lo que a nuestro entender conforma la parte medular de la investigación y el análisis de Thomson en esta obra.

En la cuarta parte, a pesar de que se proyecta en la horquilla cronológica 1868-1891, no hay en los dos capítulos que la articulan un recorrido sistemático de los avatares de la democracia en dicho periodo. De hecho es una parte menos sustantiva en comparación con las anteriores, articulada en forma de algunos apuntes, no exentos de interés sin duda, sobre los desarrollos, diferenciados y contratables, de la fase junta de la revolución de septiembre y de la experiencia cantonal de 1873 en las zonas

de Granada, fundamentalmente en Loja, y de Antequera.

Los hechos que sustentan la interpretación de Thomson no son completamente desconocidos. Es más, las sublevaciones campesinas de El Arahral y Loja, centrales, especialmente la segunda, en el estudio de Thomson, habían sido elevadas por la historiografía social española y andaluza ya en sus albores en las páginas de Díaz del Moral o Bernaldo de Quirós a principios del siglo XX, como hitos de un incipiente movimiento obrero andaluz. Y como tales referentes del obrerismo temprano –primitivo en términos al uso en los setenta y ochenta del siglo XX– se instalan, y se profundizan incluso, en la historia social española postfranquista. Esa misma historia pasó apenas de puntillas sobre la interpretación política de aquel insurreccionalismo campesino andaluz, a pesar de que la implantación social y la actividad política del republicanismo democrático en la zona eran bien conocidas por los historiadores gracias, sobre todo en el caso concreto que nos ocupa, a las prolíficas memorias del entonces gobernador civil de la época en Málaga, Antonio Guerola, al que le correspondió intentar desarticularlo y reprimirlo. Sin embargo, el sesgo apolítico de la historia social española soslayó el plano político en beneficio del social, propiciando una imagen de aquellos episodios insurreccionales como chispazos inconexos y aislados de un movimiento obrero aún balbuciente en el campo, y en general entre las clases populares del país.

En el nuevo escenario de la historiografía –¿ya postcultural?–, el enfoque de

Thomson denota a nuestro juicio la solvencia del derrotero de una historia política que cifró su renovación hace ya unos años en un viraje precisamente hacia lo social. Este nuevo camino orillaba –sin repudiarlos– los enfoques más institucionales prevaletantes en el análisis de la esfera política, y, en contraste con lo sucedido en el marco de otras prácticas historiográficas y quizás porque arrancaba de una posición subalterna o porque tuvo una expectativa metodológica de desarrollo mientras otras expresaban ya un cierto agotamiento, apenas si se vio desorientada por las convulsiones del «giro lingüístico».

Porque, en efecto, lo que resulta metodológicamente féraz en esta propuesta de Thomson es el enfoque político-social y la profundidad de análisis derivada de una explotación sistemática de fuentes, ya conocidas algunas, como el propio Guerola, documentación local, y algún vivero de información nuevo como el archivo Narváez especialmente útil en este caso, puesto que el espadón tenía intereses caciquiles directos en su Loja natal y en la comarca alemana, y dispuso una red de informadores y una estrecha atención a los sucesos en cuestión, quedando de todo ello testimonio en su archivo personal.

El resultado es el descubrimiento y el análisis de los agentes, factores y mecanismos de un proceso de intensa socialización democrática en la Andalucía agraria en la coyuntura inmediatamente anterior al Sexenio democrático. La profundización de las interacciones sociopolíticas de aquel proceso democratizador propicia de hecho una explicación y una interpretación más

articulada y fluida de la historia contemporánea andaluza de las clases populares. Sobre todo porque confiere significado y sentido a lo que hasta ahora aparecían más bien como episodios espasmódicos de conflictividad social agraria andaluza. En efecto, como decíamos, en el esquema de una historiografía social «militante», los sucesos más llamativos del ciclo de convulsión democrática (las sublevaciones de Loja y el Arahal) se interpretaron como expresiones de una prematura conciencia de clase y como expresiones incipientes, precedentes, del movimiento obrero en el campo andaluz. Aparecían así como chispazos aislados, descontextualizados. Thomson, por el contrario, nos sugiere considerarlos en el marco del despliegue social del republicanismo y la democracia, y la interpretación gana en lógica explicativa y redundante en una comprensión del fenómeno como proceso. Qué duda cabe que pueden inferirse componentes de conflicto clasista sobre todo si interpretamos como tales algunas reacciones sociales de ira y odio contra los ricos –documentadas en el caso de El Arahal por ejemplo– propias de la economía moral campesina. Pero analizado en las coordenadas que sugiere Thomson el insurreccionalismo democrático andaluz de los cincuenta y sesenta aparece como un movimiento, eminentemente agrario, pero más transversal y complejo desde el punto de vista social de lo que la interpretación dominante nos había transmitido.

Aunque no es objeto de su análisis, el estudio de Thomson también posibilita a nuestro juicio una mejor comprensión del cuadro de factores de procesos posteriores

como las sublevaciones federales andaluzas del Sexenio Democrático. Con el movimiento federalista andaluz ha venido ocurriendo a nuestro juicio algo similar a lo que acontecía con los sucesos de Loja y El Arahal. Podríamos decir que ha adolecido de un cierto síndrome de singularidad o de excepcionalidad. La emergencia y la acción del levantamiento federal andaluz de 1869 se ha explicado casi exclusivamente en base a factores y condiciones que habrían emergido en la específica coyuntura del Sexenio. Sin duda es así. La apertura democrática del Sexenio genera demandas y opciones de ampliación del marco decisional en el nuevo sistema político y en consecuencia despierta expectativas de resolución de las demandas populares y singularmente de la cuestión del acceso a la tierra. Esas demandas y el hecho, a la vez, de verse defraudadas tras el proceso de institucionalización del sistema político, son el detonante de las sublevaciones populares articuladas en torno al federalismo. Pero sólo considerando la preexistencia de ese entramado de sociabilidad democrática y la propia experiencia de la acción clandestina e insurreccional previa que nos desvela Thomson, se explica a nuestro juicio satisfactoriamente la cuestión un tanto enigmática de la densidad y vitalidad de la insurgencia federalista andaluza del 1869 –que no se aborda en profundidad en el estudio de Thomson– que parecía emerger abruptamente como de la nada por obra de un movimiento federalista que acababa de nacer políticamente apenas unos meses antes de esas grandes movilizaciones federales agrarias del verano del 1869.

Otro de los espacios historiográficos iluminados por el trabajo de Thomson se refiere a la contextualización del movimiento andaluz como expresión de un movimiento democrático más amplio. En concreto, Thomson no pierde de vista las interrelaciones e interacciones del proceso andaluz, y del republicanismo democrático español en general en este periodo, con el garibaldismo. Comparte en este sentido la perspectiva de historiadoras como Florencia Peyrou o Isabel Pascual, que han venido poniendo el acento y dirigiendo la mirada hacia la dimensión transnacional de la democracia española en el XIX.

Como ya hemos señalado en otro lugar (Acosta 2016), la noción de *política moderna* con la que Thomson define el resultado del proceso de socialización democrática andaluz de mediados del XIX nos resulta discutible. Este planteamiento lineal del proceso político remite, por un lado, a un cierto teleologismo en virtud del cual la democratización sería la derivada necesaria cuando se alcanzan determinados niveles de desarrollo social y económico. Se puede argüir con razón que nada hay de ese presupuesto teórico articulado por las teorías de la modernización política en el planteamiento de Thomson; entre otras cosas porque es difícil apreciar en la sociedad andaluza de las décadas centrales del XIX ninguno de los elementos que la teoría de la modernización estipulase como base para el desarrollo democrático: determinados niveles de urbanización, industrialización, secularización o alfabetización, entre otros. Pero sí resulta más clara, por lo menos a nuestros ojos, otra de las derivadas

del evolucionismo implícito en los planteamientos de las teorías de la modernización. A saber, la asociación democratización-modernidad política –explícita en la propuesta de Thomson– infiere la idea de que las respuestas políticas de las sociedades no modernas o premodernizadas serían tradicionales o arcaicas; primitivas, en palabras de Hobsbawm. Como indicábamos, no vamos a volver a profundizar en esta crítica ahora. Pero sí nos interesa destacar cómo asociaciones de este tipo, pero planteadas a la inversa (déficit de modernidad o atraso = imposibilidad para la democracia), fueron esgrimidas por algunos sectores de la historiografía política liberal española para explicar la supuesta desmovilización y apatía política de la sociedad rural andaluza del XIX y principios del XX. Y para justificar en último término, ante la ausencia de demanda de una sociedad rural atrasada, la falta de oferta democratizadora por parte de las élites políticas liberales dominantes. A día de hoy el avance de la investigación politológica sobre el pasado andaluz ha superado estos tópicos interpretativos, ciertamente persistentes en el imaginario histórico meridional. Ni la apatía, ni la despolitización fueron tales. La esclarecedora investigación de Thomson sobre el proceso democratizador andaluz en fecha tan temprana es otra prueba contundente de ello. Lo celebramos.

REFERENCIAS

- ACOSTA, F. (2016): *Democracia y protesta social en la Andalucía rural del ochocientos. Apuntes a un proceso de modernización política*. XV Congreso de Historia Agraria de la SEHA, Lisboa.